

SCRIPTA PLENA, VERBA VACUA¹⁻²

El psicoanálisis y la relación del sujeto con el habla y con la escritura en Occidente.

Raúl Courel

rcourel@gmail.com

*“Le dit premier décrète, légifère, aphorise, est oracle,
il confère à l'autre réel son obscure autorité”.*

Lacan, Écrits, p. 808

*“La psychanalyse vraie a son fondement
dans le rapport de l'homme à la parole”.*

Lacan, Autres écrits, p. 165

Resumen:

Los griegos crearon el sistema de escritura, de *scripta plena*, que derivó a lo largo de la historia occidental en una alteración de la relación del sujeto con el habla que llegó hasta el desconocimiento de su función en el lenguaje y a la salida del discurso en la psicosis social. El habla vaciada de la responsabilidad del sujeto se subordinó a coerciones de escritura hasta la forma aparentemente acéfala que le da la ciencia moderna y que el empirismo lógico y la lingüística a él conexas hoy sellan. El aislamiento por Lacan de las funciones, por una parte, del objeto del psicoanálisis y, por otra, del discurso sin el habla, sitúa en la historia de Occidente la práctica de lenguaje inventada por Freud, distinguiéndola de la que hace masa al no clausurarla en la escritura alfabética, convertida en instrumento eficaz de imperio, construcción y destrucción. El psicoanálisis es la invención de un nuevo lazo social en el que el sujeto lee su compromiso en la escritura asumiendo la dimensión ética y política de su enunciación como bien decir.

Palabras claves:

Habla y escritura - Psicoanálisis y lenguaje – Psicoanálisis y escritura - Lenguaje en Occidente

¹ Publicado en la *Memoria de la III Jornada sobre Psicoanálisis y Psicosis Social*. Facultad de Psicología, UBA (20 de junio de 2009).

² Este trabajo fue realizado en el marco del Proyecto de Investigación UBACYT N° P027, “El psicoanálisis y la psicosis social. El corte del discurso psicoanalítico en la civilización de la ciencia moderna y la economía capitalista”, en el Instituto de Investigaciones de la Facultad de Psicología de la Universidad de Buenos Aires (Programación 2008-2010).

Este trabajo parte del concepto de que el psicoanálisis produce un cambio en la relación del sujeto con el habla y con la escritura, las dos formas dominantes del lenguaje en la civilización contemporánea, según entiende habitualmente la lingüística. Situaremos, para comenzar, lo medular de la enseñanza del psicoanálisis en lo concerniente al lenguaje y a su funcionamiento refiriendo la afirmación de Lacan de que el inconsciente freudiano es condición de la lingüística, hecha en “Radiofonía” en 1970 tras destacar que el lenguaje es condición del inconsciente y no al revés, como erradamente habían interpretado algunos de sus discípulos acerca de su enseñanza (Lacan, 1970c: 14). Esa proposición se deriva, evidentemente, de que la lingüística es resultado del hacer de un sujeto considerado en su división, de manera que el inconsciente resulta una de sus condiciones de producción.

Nos proponemos destacar el compromiso del sujeto pensante en el redoblado ocultamiento contemporáneo de su papel en la historia occidental, reconocido por Lacan como psicosis social o “subjetividad científica delirante”, definida ésta como “la que el científico que ejerce la ciencia comparte con el hombre de la civilización que la sostiene” (Lacan, 1957c: 550).

Recordemos que el psicoanálisis pertenece a una época en la cual la lingüística sufre una profunda transformación. Baudouin de Courtenay (1845-1929), que aisló la función del fonema, Ferdinand De Saussure (1857-1913), Nikolay Trubetskoy (1890-1938) y Roman Jakobson (1896-1982) produjeron una lectura estructural del lenguaje que sacudió las concepciones evolucionistas y empiristas del hombre. Su incidencia, como sabemos, fue fundamental no sólo sobre el psicoanálisis. con Lacan, sino también sobre otros campos, entre ellos la antropología, con Claude Lévi-Strauss, cuyo pensamiento menciono por su importancia para la crítica del concepto de que los pueblos con escritura fonográfica son “superiores” a los que carecen de ella, cuestión no soslayable en la atención a la estructura de la segregación en nuestra investigación (cf. Lévi-Strauss, 1952). Su influencia no es ajena a que las ideas racistas embozadas en las teorías lingüísticas hoy sean más reconocidas por los historiadores y socio-lingüistas (Calvet, 1996: 16).

Como veremos, lo referido es solidario de un funcionamiento del lenguaje en el que las coerciones de escritura se imponen sobre el habla produciendo un efecto de “hablar vacío”, semejante a un “no hablar”, que Freud advierte al inventar el psicoanálisis. La novedad de la concepción freudiana del inconsciente,

precisamente, fue el corte que produjo en la relación del sujeto con el habla y la escritura en la estructuración del lenguaje en Occidente.

1. Un vacío no de significado sino de habla.

En el discurso de Roma de 1953, al señalar que “el psicoanálisis no tiene más que un *medium*: el hablar del paciente”³, Lacan hace notar que los analistas caen en un engaño cuando buscan las claves del “hablar vacío” fuera del lenguaje.

La expresión “hablar vacío” es la traducción que adoptamos de la francesa “parole vide”. Al hacerlo nos apoyamos en una consideración general sobre la traducción al castellano del término “parole”, forma sustantiva del verbo “parler”, que se efectúa habitualmente como “palabra” y escasamente como “habla”. Así, el escrito de Lacan titulado “Fonction et champ de la parole et du langage en psychanalyse” nos llega como “Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis”. El problema de esta traducción reside en que, en el castellano, utilizamos corrientemente el término “palabra” para significar tanto el “habla” o “el hablar” como “vocablo”. En francés, en cambio, para decir “vocablo” se usa comúnmente el término “mot”, no “parole”, aunque entre las acepciones de este último no está excluida la de “vocablo”.

La cuestión de cómo se traduce “parole” tiene consecuencias mayores en el psicoanálisis en habla hispana. La traducción indiscriminada de “parole” por “palabra” tiene el inconveniente de no considerar, o hacerlo insuficientemente, el propósito del autor cada vez que usa “parole” y no “mot”. En el caso puntual que referimos, no se tuvo en cuenta que “parole” no está usado allí en el sentido de “vocablo” sino en el de “habla”, para indicar, justamente, “el acto de hablar”. Evidentemente, no se entiende lo mismo si se escucha que el *médium* de la cura es el acto de hablar a que lo es una “palabra”, cuya acepción es más cercana a la de vocablo o a la de su significado.

Sugerimos al lector que busque en los textos de Lacan traducidos al castellano apariciones del término “palabra”; constatará que, comúnmente, es el utilizado tanto cuando corresponde a “vocablo”, sustantivo común, como cuando se refiere al “habla”, que indica una acción, aunque sea este último el caso buena parte de las veces. La indistinción, agregó, induce errores en el análisis sintáctico,

³ “Parole vide et parole pleine dans la réalisation psychanalytique du sujet”, que traducimos como “Habla vacía y habla plena en la realización psicoanalítica del sujeto”, es el título del primer punto del escrito de 1953: “Fonction et champ de la parole et du langage en psychanalyse”.

que siempre requiere precisar primero el núcleo de la proposición, que es el verbo, para situar al sujeto.

En concordancia con que la traducción del verbo “parler” es usualmente “hablar”, leemos en “La dirección de la cura...” en castellano: “El analista es el hombre a quien se habla y a quien se habla libremente. Está ahí para eso” (Lacan, 1958a: 587). La traducción en este caso no ofrece ambigüedad alguna, con buen tino, el traductor no ha optado, por ejemplo, por el verbo “palabrear”. Sin embargo, unas líneas más adelante, donde Lacan explica qué quiere decir con eso, la traducción es: “El sujeto invitado a hablar en el análisis no muestra en lo que dice, a decir verdad, una gran libertad. No es que esté encadenado por el rigor de las asociaciones: sin duda le oprimen, pero es más bien que desembocan en una *palabra libre*, en una *palabra plena*, que le sería penosa” (id.). Observamos, al respecto, que “palabra libre” no refiere aquí “vocablo” ni el contenido de un pensamiento sino, de manera congruente con el argumento del párrafo, “hablar libre” o “hablar pleno”.

También en “Función y campo...”, en la edición en francés, Lacan se refiere a la locura encontrando en ella “la liberté négative d’une parole qui a renoncé à se faire reconnaître”, precisando que “L’absence de la parole s’y manifeste par les stéréotypies d’un discours où le sujet, peut-on dire, est parlé plutôt qu’il ne parle” (Lacan, 1953a: 279-280). En estos párrafos “parole” es claramente “hablar”, en efecto: aquello que en la locura renuncia a hacerse reconocer no es un vocablo ni un significado sino el sujeto del acto mismo, único capaz de la acción de renunciar (Lacan, 1953b: 270). En la edición en castellano de ese mismo texto leemos: “El yo del hombre moderno ha tomado su forma... en el callejón sin salida dialéctico del ‘alma bella’ que no reconoce la razón misma de su ser en el desorden que denuncia en el mundo” (Lacan, 1953b: 272). El párrafo concierne a una de las paradojas en las que Lacan resume el problema de “las relaciones en el sujeto de la palabra y del lenguaje”, donde nuevamente corregimos: *del habla y del lenguaje* (Lacan, 1953b: 270). En igual sentido, es el habla la que resulta “expulsada del discurso concreto que ordena la conciencia” (Lacan, 1953b: 271).

En “El psicoanálisis y su enseñanza”, además, Lacan señala que en el síntoma no se lee una significación sino la estructura significante que lo determina, en la que subraya que “de lo que se trata es siempre de la concordancia del sujeto con el verbo” (Lacan, 1957a: 418). El sujeto del síntoma es, pues, uno que no ha realizado una acción de hablar en tanto acto de decir.

Lacan señala, por otra parte, el papel de “muro” que juega el lenguaje frente al hablar, justamente desde que advierte que el habla es la vía de la cura, de donde la siguiente afirmación: “las precauciones contra el verbalismo que son un tema del discurso del hombre “normal” de nuestra cultura no hacen sino reforzar su espesor” (Lacan, 1953b: 272).

La expresión *verba vacua* en el título de este trabajo significa “hablar vacío”, el callar del sujeto como acción. La regla analítica, tomada según Freud del procedimiento que utilizaba Breuer, provoca un hablar que se independiza de los propósitos del sujeto de ajustarse a lo que entiende por *civilidad*, asentados en el mundo moderno sobre razones entendidas y extendidas por Newton en las ciencias y por Kant en el derecho y en la moral. Por eso mismo, el sujeto del psicoanálisis es el sujeto de la ciencia, en tanto que calla. Este sentido está presente cuando Lacan expresa en *Radiofonía* que “La ciencia es una ideología de la supresión del sujeto” (Lacan, 1970: 62).

Con la ciencia el sujeto se ha vuelto calculable, Lacan observa en “La ciencia y la verdad” que la teoría de los juegos ha construido “un sujeto estrictamente reducido a la fórmula de una matriz de combinaciones significantes” (Lacan, 1965: 818). En la ciencia este paso sólo puede ser considerado fecundo, el problema que deja de lado esta operación se presenta en la lingüística, allí mismo leemos: “El caso de la lingüística es más sutil, puesto que debe integrar la diferencia del enunciado y la enunciación, lo cual es ciertamente la incidencia esta vez del sujeto que habla, en cuanto tal (y no del sujeto de la ciencia)” (Lacan, 1965: 818). Pero no se trata de un viraje hacia una psicologización, o *humanización*, del sujeto, Lacan subraya: “Es por el lado de la lógica por donde aparecen los índices de refracción diversos de la teoría con relación al sujeto de la ciencia” (Lacan, 1965: 818).

Leemos en *Encore*: “el análisis se distingue, entre todo lo producido con el discurso hasta entonces, por enunciar lo siguiente, hueso de mi enseñanza: que hablo sin saber. Hablo con mi cuerpo, y sin saber. Luego, digo siempre más de lo que sé” (Lacan, 1973: 144). No deja Lacan lugar a dudas sobre la índole de la operación al agregar: “Con ello llego al sentido de la palabra sujeto en el discurso analítico. Lo que habla sin saber me vuelve sujeto del verbo (je). No basta para hacerme ser” (idem.). Enseguida precisa: “El sujeto del verbo (je) no es un ser, es un supuesto a lo que habla” (Lacan, 1973: 145).

Se deriva de lo señalado en qué el hacer del psicoanalista es político: actúa sobre el silencio del sujeto *civil* no para darle sentido sino interpretando que dice

también callando. Es lo que llamamos *interpretación de la transferencia*, que procura restituir al sujeto, en el terreno *privado* de la sesión analítica, la voz a la que ha renunciado en el terreno *público*.

2. Hacia una escritura fonográfica completa.

El primer término del título de este trabajo, *scripta plena* (escritura plena), resume el paradigma del lenguaje que prima en la civilización de la ciencia y el capital, sobre el cual opera el psicoanálisis y cuyo origen se remonta, como mostraré en lo que sigue, a los comienzos de Occidente en la Grecia clásica y sus antecedentes en la civilización mesopotámica.

En Grecia, entre los siglos VIII y IV AC, encontramos la afirmación de dos novedades concernientes al lenguaje y su ejercicio que fueron determinantes del tipo de sociedades que conformarían Occidente. Una fue la creación y comienzo de la difusión de un nuevo sistema de escritura alfabética, la otra fue la puesta en vigencia de la isonomía, que extendió el derecho a expresar el pensamiento tomando la palabra⁴. Ambas se entrelazaron en el comienzo de la filosofía y en la concepción del hombre que le fue correlativa. El nuevo sistema de escritura fue la culminación de un largo proceso de desarrollo de la escritura fonológica, que procura la transcripción a grafías de lo hablado.

Los lingüistas coinciden en que los griegos, mediante la incorporación de las letras vocales y la simplificación de la grafía, produjeron el sistema de transcripción del habla de más fácil utilización hasta entonces. El nuevo desarrollo se extendería sin pausas ni retrocesos hasta convertirse, con muy ligeras variaciones, en el que utiliza, en nuestros días, todo el planeta, constituyendo el rasgo más invariante y estable de la civilización occidental a lo largo de su historia.

Pero la escritura no avanzó de manera definida hacia la constitución de un sistema de transcripción de la lengua hablada hasta el IV milenio AC en la Mesopotamia. Las investigaciones llevaron a pensar que el grito, el gesto, el dibujo y la incisión antiguamente constituían expresiones de lenguaje desvinculadas del habla pero que servían a la comunicación o a la conservación de la producción semántica. Del grito y del gesto no podían conservarse huellas directas, pero sí de los primeros dibujos o incisiones cuando sus soportes materiales eran durables

⁴ Clístenes (570-507 AC) estableció la *isonomía* o igualdad ante la ley de todos los ciudadanos de Atenas.

(piedras o vasijas). El habla por una parte y las prácticas de escritura que precedieron a la fonográfica por otra, según destacan los historiadores, se desarrollaron independientes entre sí durante mucho tiempo, por más que en ambas estuviera el propósito de conservar la producción semántica (Calvet, 1996: 30-34).

La etimología del verbo castellano “escribir”, tanto como la del francés “écrire”, lleva al latino “scribere”, que significa “trazar caracteres” y, más atrás, a la raíz indoeuropea “kerl” o “sker”, que refiere la idea de “cortar” o “realizar incisiones”. El griego “grapho” remite al indoeuropeo “gerbh”, que significa “arañar”. Estas acepciones, junto a otras en las lenguas semíticas, islandés, sajón antiguo y galo, sugieren que escribir consistió primeramente en realizar incisiones o arañar (en huesos o vasijas) o bien reunir (pilas de huesos o de piedras). Nada en estos primeros grafismos se asocia todavía a los sonidos propios del habla, de manera que la función de la escritura no podía subordinarse aún a la del gesto sonoro (Calvet, 1996: 31 y 46).

La escritura como reproductora del habla fue gradualmente propulsada por necesidades administrativas y del comercio que acompañaron el surgimiento de grandes conglomerados humanos o urbes durante el 4º milenio AC en la baja Mesopotamia (Calvet, 1996: 49 y 278). Esta escritura podía servir para resolver problemas surgidos de los equívocos en que caían quienes hablaban distintas lenguas, es el tema del mito de la torre de Babel (Calvet, 1996: 60). Lacan se basa en las investigaciones en la materia cuando señala que “la letra surgió primero del mercado, que es típicamente un efecto de discurso, antes de que se le ocurriera a nadie usar letras” (Lacan, 1973: 48).

Los primeros indicios de la significación que adquiriría en la vida social la escritura fonográfica fueron encontrados en el pueblo de Uruk, en Sumeria: vasijas herméticas de arcilla que garantizaban contratos comerciales conteniendo como comprobantes cierto número de fichas en su interior y marcas en su exterior indicando ese contenido. Prontamente esta duplicación se volvería innecesaria.

Esas marcas o inscripciones, cuneiformes, que representaban números, en un comienzo no sugerían la pronunciación ni tenían vinculación alguna con una lengua concreta (cf. Calvet, 1996: 49-50 y 52). Un cambio significativo se produjo cuando, en conformidad con la lengua acadia, comenzó a utilizarse la primera sílaba del nombre del objeto para representarlo (Calvet, 1996: 49-60). Al designar el sonido inicial de la palabra (acrofonía), la escritura comienza a desprenderse de la intención de lograr similitud entre la grafía y el objeto (Calvet, 1996: 55). Sirve de

este modo al propósito de transcribir y conservar el habla, extendiendo el alcance de su emisión por la voz.

Otro historiador de la escritura, Ignace J. Gelb, al referirse a la evolución de la escritura, distingue una primera etapa, semasiográfica, en la cual las grafías y dibujos comunican sólo significados, de una segunda, fonográfica, en la que procuran expresar el habla (Gelb, 1952: 26 y 247). Su idea es, claramente, que esta segunda es la que conduce a una “auténtica escritura”, “plenamente desarrollada”, *superadora* de las “primitivas”, consideradas tales cuando aún no constituían un sistema suficientemente eficaz de transcripción de lo hablado (Gelb, 1952: 246-252). Se nota en estos conceptos, si bien abundan los casos en que escrituras no fonográficas se desarrollaron a extremos notables de complejidad y riqueza, como es el caso de la musical y la pictórica, que se encuentra afirmada en nuestra cultura la idea de que la escritura propiamente dicha es la que permite la expresión en grafías de lo que se expresa oralmente.

La historia enseña, como subrayamos, que una vez que la escritura, para satisfacer requerimientos sociales, comenzó a desarrollarse como transcripción del habla, avanzó técnicamente hasta encontrar su expresión más acabada en el sistema griego de escritura alfabética. En torno a los siglos VIII, VII y VI AC se presentaría en el ejercicio del lenguaje un *decir* que se efectuaba por medio del escrito, nuevo respecto del que se vale del *habla*. Se iniciaba un desarrollo cultural en el que la presencia corporal del dicente podía desaparecer, hasta hacerse sustituible, incluso, sólo por su firma. El decir podría generar así sus efectos sin el sostén tangible del cuerpo en esa acción.

La transformación iniciada con la extensión de la *scripta plena* griega en la vida social se consuma en la modernidad con la validación, contenida en las leyes tanto jurídicas como sociales, de las consecuencias del decir escrito y firmado. Al mismo tiempo se invalidan las del decir, desdecir y maldecir hablados. Será en este marco que el psicoanálisis permitirá una lectura acabada del hecho de que, si bien no es posible escribir sin el cuerpo, la distancia que se interpone entre el autor de un escrito y su lector facilita en aquél el desconocimiento y la irresponsabilidad respecto a las consecuencias de su escritura.

El inicio de la civilización occidental, subrayamos, coincide con la posibilidad de que la *scripta plena* prolongue el poder del hablante más allá del alcance de su voz, comenzando una subordinación de la escritura al habla que se extendió hasta acabar en una subordinación inversa, del habla a la escritura, que se afianzará progresivamente en los últimos siglos acompañando y sosteniendo la expansión de

la ciencia moderna. A medida que el sistema fonográfico de escritura se impuso como vehículo indispensable de regulación, construcción y funcionamiento de nuestra civilización, la palabra hablada y presencial se fue constriñendo *al servicio* de la escritura, hasta entonces herramienta del suyo.

El escrito llega así a sostenerse solo, él manda y, en ese lugar preciso, el sujeto calla. Es el silencio del sujeto en la burocracia contemporánea, regida por coerciones que requieren de él que se abstenga de decir o actuar salvo para ejecutar las prescripciones establecidas en el profuso número de *protocolos de funcionamiento* que hoy regulan las más diversas prácticas sociales. Un nuevo concepto de legislación se afirma allí, su función no es ya solamente establecer que “todo lo que no está prohibido está permitido”, ahora se afirma la fórmula contraria: “todo lo que no está establecido en lo escrito está prohibido”, más conveniente a las regulaciones exhaustivas que los cálculos económicos contemporáneos requieren. Atado de este modo a manuales de procedimiento e instructivos, al sujeto le parece cada vez más lejano decidir e inventar. Presentándose más acotado el innovar en su vida pública, se hace más notorio que lo haga al soñar, circunstancia que se hace patente del todo con la invención del análisis de los sueños por Freud.

Las coerciones de la letra -grafía escrita- sobre el significante -palabra hablada- se constatan también en la propagación global del idioma inglés, que reemplaza o penetra con neologismos, más que cualquier otra lengua, a las demás. Estos procesos, que refiere el término *glotofagia*, se observan en sus formas más extremas en los países con las economías menos desarrolladas en los parámetros capitalistas (Calvet, 1974: 280). Así, la llamada *globalización* acompaña la progresiva reducción del número de idiomas hablados, en estricta correspondencia con la extensión geográfica del sistema de escritura fonográfica, alfabética, que no es sino el mismo que el creado en la Grecia clásica.

3. Deslizamientos entre escritura y habla en Occidente.

En la *polis* griega, señala Jean-Pierre Vernant, “la palabra⁵ constituía (...) el instrumento de la vida política; la escritura suministrará (...) el medio de una cultura común y permitirá una divulgación completa de los conocimientos anteriormente reservados o prohibidos” (Vernant, 1962: 40). Después de observar que “junto a la

⁵ Siendo “parole” el término usado en el original en francés, debería leerse “habla”, o sea: “el habla constituía (...) el instrumento de la vida política...”. (n. del a.)

recitación de textos de Homero o de Hesíodo (...) la escritura constituirá el elemento fundamental de la *paideia* griega”, señala la importancia fundamental de la redacción de las leyes:

Al escribirlas no se hace más que asegurarles permanencia y fijeza; se las sustrae a la autoridad privada de los *baciléis*, cuya función era la de *decir* el derecho; se transforman en bien común, en regla general, susceptible de ser aplicada por igual a todos. (Vernant, 1962: 40-41)

Mediante la escritura puede hacerse público el saber, pero la ambición, subraya Vernant apoyándose en textos de Diógenes Laercio,

no es la de dar a conocer a otros un descubrimiento o una opinión personales; quieren... hacer de él el bien común de la ciudad, una norma susceptible, como la ley, de imponerse a todos, Una vez divulgada, su sabiduría adquiere una consistencia y una objetividad nuevas: se constituye a sí misma como verdad” (Vernant, 1962: 42).

Allí es clara la función que asumirá la escritura extendiendo el papel de imposición que tiene el hablar, no obstante, en ese tiempo estaban lejos de realizarse las tantas consecuencias que llegaría a tener en nuestra civilización.

La isonomía, por su parte, amplía el derecho a hablar, convirtiendo a *peitho*, la fuerza de persuasión, en la principal herramienta de poder. La palabra, señala Vernant, “no es ya el término ritual, la fórmula justa, sino el debate contradictorio, la discusión, la argumentación” (Vernant, 1962: 38). Eso da lugar, por un lado, a la retórica y a la sofística como formas del discurso en la lucha política y, por otro, a las reglas de la demostración (Vernant, 1962: 39).

La verosimilitud, suficiente para los requerimientos de la persuasión, comienza a distinguirse de lo verdadero, que deberá ajustarse a una lógica que tomará distancia del mero propósito de convencer. Este movimiento alimenta el ideal del saber teórico. La exigencia de verdad que comienza a hacerse oír todavía dista de domeñar la soltura del ciudadano griego al hablar, por eso es difícil imaginar en nuestro tiempo que sucedan diálogos como los recogidos en los escritos de Platón. “En la ciudad antigua”, escribirá Lacan aludiendo a la posición de los hablantes, “la democracia no conoce sino amos” (Lacan, 1956b: 446).

En la Grecia clásica se hablaba como no se haría nunca después. Paulatinamente, el habla fue sujetándose a las coerciones de la escritura considerada *bien hecha*, en conformidad con la lógica que formulara Aristóteles, desde entonces promovida. Mientras el ciudadano griego hablaba más en público, el occidental contemporáneo lo hace más en privado, en público calla. El psicoanálisis, precisamente, nace como decir privado del sujeto frente a su silencio público.

Señalamos más arriba que es habitual entre los lingüistas concebir la escritura como complemento gráfico de la lengua hablada, uno destinado a compensar la fugacidad de ésta y a prolongar su alcance más allá de los sonidos que emite el locutor. La solidaridad entre la escritura y el alfabeto, esencial para su utilidad política en Occidente, constituye, según Calvet, “la característica misma de la lingüística moderna”, puesto que para los lingüistas “la *mejor* escritura (...) la que a ellos les plantea menos problemas, es la escritura alfabética, que presenta el mismo carácter lineal que la lengua y similar articulación entre las unidades” (Calvet, 1996: 17). No deja de observar, al mismo tiempo, que “los alfabetos (...) no suponen (...) la forma más perfecta de escritura” (p.281), mostrando que los lingüistas tienen dificultades para pensar la escritura “de otra manera que no sea en términos de sucesión y subordinación” (p.21). Es decir: primero el habla, después la escritura y, finalmente, ésta al servicio de extender el dominio de aquella.

Calvet señala también la coincidencia entre la subordinación de la escritura a la lengua hablada y el hecho de que “cuando se pregunta en qué momento, cómo y por qué el hombre comenzó a hablar, nunca se planteen cuestiones similares para el caso de la escritura, (...) se da por supuesto que, una vez que se configuraron las lenguas, las escrituras surgieron por añadidura, y así aquellas que no cuentan con transcripción son (...) consideradas inacabadas, incompletas” (p.22).

A lo largo del siglo XX se produjo una profunda transformación de las maneras de pensar el lenguaje. Hemos referido la importancia de la lingüística estructural, que dio lugar a mudanzas sustanciales en las perspectivas sobre la escritura y el habla y sus distinciones, relaciones y funciones en la civilización. Mencionemos los estudios de Jacques Derrida, que muestran la “satelización” de la escritura respecto del habla en Occidente en la forma de un “logocentrismo” que le es inherente (Derrida, 1967: *passim*). La escritura fonética, señala Philippe Sollers, “esclaviza la escritura a la lengua en general liberándola de cada lengua particular” (Sollers, 1970: IX). A propósito de esta polaridad, el descubrimiento del inconsciente consiste, precisamente, en el de la escritura de una lengua que no es general sino particular. Esta lengua, referida por Lacan con la expresión “lalengua”, escrita en una sola palabra, designa la lengua de cada cual llamada “materna” (Lacan, 1973: 166).

El cotejamiento del pensamiento de Derrida con el del psicoanálisis enseña coincidencias y diferencias que dan lugar a debates que no trataremos aquí, limitándonos a expresar la opinión de que no cabe esperar de la gramatología que

sea psicoanálisis, ni viceversa. Sí referiremos sucintamente algunos de sus conceptos que conviene tener en cuenta en este trabajo.

Derrida también sostiene que el concepto occidental de lenguaje hace de la escritura una función secundaria e instrumental del habla, “*portavoz*, intérprete de un habla originaria, en sí misma sustraída a la interpretación” (Derrida, 1967: 13). Respecto de este *logocentrismo*, la escritura se presentaría como una exterioridad, una técnica al servicio del habla que sufriría transformaciones a lo largo de la historia. El proceso avanzaría finalmente de manera involutiva, de modo que los signos de lenguaje, todos ellos, sólo serán entendidos como de escritura; por eso hoy se tiende, según observa Derrida, a considerar escritura a todo lo que sea inscripción, *grama* (como se ve en el término “*pro-grama*”), huella o grafema, sea o no fonográfico. Por ejemplo: “el biólogo habla hoy de escritura y de *pro-grama* a propósito de los procesos más elementales de la información en la célula viva (...) todo el campo cubierto por el *programa cibernético* será un campo de escritura” (pp. 44-15).

Derrida observa que esta situación estaba anticipada desde el comienzo en la esencia de la matemática teórica, cuya “escritura... nunca estuvo ligada a una producción fonética” (pp.15). “El *concepto de la ciencia*”, piensa también, “O de la científicidad de la ciencia (...) siempre se determinó como *lógica* (...) la práctica de la ciencia, de hecho, nunca dejó de impugnar el imperialismo del logos apelando, por ejemplo, desde siempre cada vez más, a la escritura no fonética” (p.8).

Será recién en la modernidad que la escritura purificada de fonética, desplegándose como ciencia y tecnología, realizará una primacía de la escritura rechazando las imperfecciones del habla y acotando, junto con ello, el alcance de la escritura alfabética. El simbolismo matematizado de la lógica se escribe con un sistema de signos que “no tiene relación alguna con la lengua, órgano de fonación” (Blanché, 1957: 16). Destaquemos, además, que la ciencia moderna requiere que esta escritura sea no sólo translingüística y transcultural sino des-subjetivada.

De eso resulta una nueva situación del habla, *subordinada*, dice Derrida advirtiendo la involución, “dentro de una estructura de la que ya no será arconte” (p.14). De este modo, la racionalidad no surgiría del *logos*, permitiendo dejar de lado las cuestiones metafísicas de la verdad, “inseparables de la instancia del logos o de una razón pensada en la descendencia del logos” (p.17). Un nuevo tipo de juicio se apoya sobre el pensamiento arbitrado por la matemática, la *ratio*, distinguiéndose del *logos* no sin imponer a éste sus condiciones. Llegará ser la razón pura de Kant, que expresará no sólo la filosofía que corresponde al hacer de

Newton en la física sino, además, la ética que es congruente con ella y que dará el sostén al derecho moderno.

Sin embargo, sobre esta razón que se separa del logos, Derrida observa que “el vínculo originario y esencial con la *phoné* nunca fue roto” (p. 17). En Aristóteles, hace notar, se lee que “los sonidos emitidos por la voz son los símbolos de los estados del alma y las palabras escritas los símbolos de las palabras emitidas por la voz” (p. 17). Hay aquí “una proximidad absoluta de la voz y del ser, de la voz y del sentido del ser” (p.18). Ahora bien, si es en el habla donde se sitúa lo primero y fundamental del ser del hombre, es también en ella donde se buscará finalmente sus claves. El psicoanálisis concierne, precisamente, a la culminación de ese derrotero de la civilización occidental.

Este logocentrismo, por lo tanto, constituye un *fonocentrismo* que degrada el signo escrito atándolo a un significado cuya verdad, cuya inteligibilidad, concierne a un logos que no deja de ser absoluto. Dice Derrida: “Ese logos absoluto era en la teología medieval una subjetividad creadora infinita: la cara inteligible del signo permanece dada vuelta hacia el lado del verbo y de la cara de Dios”, para agregar: “El signo y la divinidad tienen el mismo lugar y el mismo momento de nacimiento. La época del signo es esencialmente teológica” (Derrida, 1967: 20).

Este logocentrismo teológico no sólo no impidió el desarrollo de la ciencia moderna, se escondió en la médula misma del programa positivista de unificación de todos los campos del saber bajo la égida de la concepción de la física que tuvo Newton. “Debería haber un teoría final del universo”, escribe su heredero Stephen Hawking (2007: 136), que trabaja en la unificación de la astrofísica con la física cuántica, para concluir: “si descubrimos una teoría completa (...) si encontramos la respuesta a ello, sería el triunfo definitivo de la razón humana, pues entonces conoceríamos la mente de Dios” (p.139).

Esta vocación de centralidad y totalización, congruentemente teológica, está presente en la idea que Occidente tiene del “libro”, que, en términos de Derrida, es la de “una totalidad, finita o infinita, (...) que no puede ser (...) una totalidad, salvo si una totalidad del significado (...) le preexiste, vigila su inscripción y sus signos, y es independiente de ella en su idealidad” (p.25). Es “*El libro*”, cuya función es “la defensa enciclopédica de la teología y del logocentrismo contra la irrupción destructora de la escritura (...), contra la diferencia en general” (idem.). En efecto, la escritura es para Derrida condición *sine qua non* del reconocimiento de cualquier diferencia, es subversiva, capaz de ocasionar la muerte del libro como “*El libro*”, que él reconoce incluso en la proliferación contemporánea de las bibliotecas (p.14).

La “muerte del libro”, según expresa, “sólo anuncia, sin duda (y de una cierta manera desde siempre) una muerte del habla (de un habla que, pretendidamente se dice *plena*” (idem.). Este *vaciamiento de habla*, silencio del sujeto occidentalizado, es aislado por el psicoanálisis en el impasse en que desemboca el discurso de la ciencia y el capital.

4. De la *scripta plena* al psicoanálisis.

Respecto del proficuo debate teórico sobre el lenguaje en el que a lo largo del siglo pasado han confluído la historia y la lingüística, referiremos aspectos puntuales de la operación que el psicoanálisis produjo, tratándolo no como una nueva psicología ni como una tecnología psicoterapéutica sino como un nuevo discurso, esto es: como una nueva práctica de lenguaje que transforma la relación del sujeto con el habla y con la escritura en la civilización occidental.

En tanto experiencia de discurso, la cura analítica fundada por Freud implementó un método de lectura, extraño a la ciencia de su tiempo, que involucraba, justamente, la articulación en el lenguaje entre habla y escritura. En efecto, atendiendo al hablar cualquiera que produce el sujeto, concede a sus palabras el papel primordial en la cura. Esta lectura, como destacará Lacan, tendrá la novedad de no ser del significado sino del significante, por eso se dirige no a “*El libro*” sino a la letra. De este modo, la función dada al habla del paciente y la invención de un método interpretativo de los sueños, síntomas y otras producciones del sujeto aparentemente desprovistas de sentido, fundaron la regla de la asociación libre como directriz principal del método analítico (Lacan, 1958a: 2).

El genio de Freud no fue independiente de la ciencia en la que había sido formado, aunque pudo ir más allá de ella. Así reconocía cuan fundamentales habían sido las enseñanzas que recibió de su maestro Brücke: “Brücke y yo hemos contraído el compromiso solemne de imponer esa verdad, es decir, que sólo las fuerzas químicas y físicas, con exclusión de cualquier otra, actúan en el organismo. En los casos en que esas fuerzas no puedan explicar algo, hay que dedicarse a descubrir el modo específico o la forma de su acción utilizando el método físico-matemático...” (Robert, 1964: 56).

Derrida recuerda que Galileo, contemporáneo de Descartes, expresaba: “La naturaleza está escrita en lenguaje matemático” (Derrida, 1967: 23). Con Isaac Newton, la matematización de la física acabaría de convertir nuestra concepción de

la naturaleza en efectos de escritura, dando a ésta una potencia instrumental que, al desplegarse, impondría al habla un nuevo orden de coerciones. Eso está presente en la expresión de Newton "*hypotheses non fingo*" (no compongo hipótesis), que es una renuncia a agregar explicaciones causales de la gravedad después de haber formulado sus leyes matemáticas. Antes que una renuncia, se trata de una máxima sobre la que se asentará el hecho social, comprobable, del progresivo reemplazo por el silencio del hablar que no pudiera apoyarse en el escrito matemático.

En su apogeo, la ciencia moderna es escritura que se desembaraza de las equivocidades del habla. Es el sujeto reducido a un punto geométrico, como esperaba Galileo de un buen astrónomo. El saber que vale proviene de la razón que Kant requerirá *pura*, cuya construcción sólo puede ser escritura y cuya formulación, según advierte Lacan, fue forzada por la física newtoniana (Lacan, 1960: 95). No se trataba sólo de escribir todo sino de escribir "con" todo y "sobre" todo, es decir: de no hacer otra cosa que escribir, para lo cual es preciso callar.

Como máxima, el "*hypotheses non fingo*" sigue en la tesitura de Guillermo de Occam que, cuatro siglos antes, proponía que cuando dos teorías tuvieran iguales consecuencias debía optarse por la más simple y no por la más compleja. Ese principio metodológico, conocido como "navaja de Occam", se afirmaría de manera contundente con Descartes, quien en 1623, en la treceava de sus "Reglas para la dirección de la mente", señalaba: "Si nosotros comprendemos perfectamente una cuestión, es preciso abstraerla de todo concepto superfluo, reducirla a su mayor simplicidad y dividirla en partes tan menudas como sea posible, enumerándolas" (Descartes, 1637: 220). La modernidad se construye con estos ideales de economía de palabras que llegarán a dar cumplidos frutos en la forma de las tecnologías que construyeron, y construyen, nuestro mundo. Eso se hará bajo el espíritu rector de la matemática, encargado de separar la lógica de la gramática de las lenguas y de desprender así la escritura de las ciencias de la fonética.

Sin embargo, la subversión que esta escritura *ideal* de las ciencias propone se concreta en condiciones sociales determinadas, que son discursivas. Con este concepto Derrida señala: "Sin duda esta subversión estuvo siempre contenida en el interior de un sistema alocutorio que dio nacimiento al proyecto de la ciencia y a las convenciones de toda característica no-fonética" (Derrida, 1967: 8). Advierte allí el impasse de una civilización que se encuentra atrapada entre el rasgo estructural que la acompaña desde su fundación, un ejercicio del lenguaje dominado por la

fonetización de la escritura, y el hecho de que “la ciencia no pueda ya satisfacerse con ella en ninguna de sus avanzadas” (idem.).

Que la ciencia se elabora en la cocina de la civilización satisfaciendo funciones discordantes con los ideales que reconoce es destacado por doquier en el pensamiento del siglo XX, por ejemplo en el de Alexandre Kojève, quien ha mostrado de manera clara la conexión entre la ciencia y la técnica modernas con la religión y con la teología cristianas (Kojève; El origen cristiano de la ciencia moderna, s.d.). Mencionemos también a Pierre Legendre, que señala que la construcción de la ciencia moderna en Occidente responde no sólo al cristianismo sino, además, al espíritu del derecho romano. Observa “una convergencia de la historia (...) para hacer coincidir las dos nociones de ley: la científica y la jurídica” (Legendre, 2006: 31). Según su concepto, a través de un montaje social cuya estructura es de lenguaje, “la tecno-ciencia-economía procura hacer coincidir (a toda costa) las nociones jurídica y científica de ley” (p.32).

Tanto Legendre como antes Derrida se refieren no sólo al alcance y a la índole de la sujeción de las ciencias a la lógica y a la matemática, sino también a la de estas últimas respecto a sus propias condiciones discursivas. Por eso la opción no es si atender o no a la lógica o a la matemática, sino de entender, en términos de Legendre, las “maneras de saber y de ignorar elaboradas por la civilización” (p.27). De estas últimas no hay propiamente salida, razón por la cual la cuestión no es si el psicoanálisis podría avanzar sin las herramientas de la lógica y de la matemática.

Lacan ha subrayado la necesidad de familiarizarnos con una *matemática dialéctica* (Lacan, 1956: 429). Se trata del papel que juega el campo abierto por Freud respecto al saber y la ignorancia propios del espacio discursivo en el que se construye, que se especifica en los problemas que el psicoanálisis lleva a plantear en la lógica. Por ejemplo, notando que la función de la negación aislada por Freud permite distinguir entre la negación como proposición y la negación como acto de enunciación, Lacan muestra la necesidad de introducir en la lógica modificaciones precisas, como enseña su formulación de la sexuación al introducir el nuevo cuantificador lógico denominado “no-todo”.

En la misma tesitura, el matema de los cuatro discursos inscribe al psicoanálisis en un paradigma de lectura del que son parte la lógica y la matemática, puesto que éstas son, como señala el lógico Willard V. Quine, “protagonistas ambas de una posición central en el sistema total del discurso” (Quine, 1950: 20). Pero la novedad que trajo el psicoanálisis, definido como un

discurso nuevo en la civilización, no fue producida por la lógica ni por la matemática. Lacan destaca que fue el deseo de Freud el que sostuvo la función que el psicoanálisis da al habla, distinguiendo así al psicoanálisis no sólo de la ciencia sino también de la lógica y de la matemática, aunque igualmente estas últimas son, parafraseando a Quine, “protagonistas en el discurso”.

La atención al problema de la relación entre escritura y habla es medular para la lógica, presentándose especialmente en las discordancias entre formas gramaticales y formas lógicas (Blanché, 1957: 17). Advertiremos que las posibilidades mismas de pensar la lógica del inconsciente sin reducirla a la gramática, en el sentido que propone Lacan, están delineadas en el inicio por el estado en que se encuentra en la lógica formal la distinción entre proposiciones de estructura verbal u oral y fórmulas con sintaxis no gramaticales. En este punto se produce un deslizamiento: el nexo, no la separación, entre la gramática y la lógica como coerciones del decir. Por este movimiento se puede afirmar, por ejemplo, que un *error* ha tomado cuenta de un hablar, Lacan señala: “hay error cuando uno se equivoca de significativo” (Lacan, 1977: 18); esto es: el *hablar* es leído como habiendo adquirido la forma de un error lógico. Es en ese punto que el psicoanálisis advierte la necesidad de distinguir entre error y equivocación, precisamente: Freud encuentra que en el “fallido” o “equivocación” del sujeto hay realización de deseo, no error.

La cura psicoanalítica en tanto tal, fue destacado, se distingue de una operación de escritura, aunque ésta sea indispensable para situarla y hacerla legible. Freud indica el contexto para articular el habla y la escritura en el psicoanálisis cuando señala: “La coincidencia de investigación y tratamiento en el trabajo analítico es sin duda uno de los títulos de gloria de este último. Sin embargo, la técnica que sirve al segundo se contrapone hasta cierto punto a la de la primera. Mientras el tratamiento de un caso no esté cerrado, no es bueno elaborarlo científicamente” (1912: 114). Es que en la cura conviene que el hablar no esté constreñido a los pasos requeridos por el escribir, que Freud quiere reservar para cuando lo hecho, y la lectura de lo hecho, sean escritos. En la cura, en tanto ella es concreción de un nuevo discurso, se trata de *bien decir*, no de escribir bien.

Sin embargo, tampoco de lo señalado se concluye que para Freud la escritura fuera segunda respecto de la lengua, eso no está en él cuando señala: “Nos parece más justo comparar al sueño con un sistema de escritura que con una lengua (...) la interpretación de un sueño es análoga (...) al desciframiento de una escritura figurativa de la antigüedad como los jeroglíficos egipcios” (citado por

Pommier, 1993: 191). Por otra parte, Freud había reconocido la necesidad del sueño para preservar el dormir, demostrando que para vivir el ser humano no sólo necesita hablar sino también escribir, de modo que el sujeto ceñido por el psicoanálisis es uno que, aun en el caso de ser ágrafo, habla y escribe.

Destacamos, además, que el sistema de escritura que Freud encuentra en el inconsciente no es propiamente el alfabético fonográfico, que sí encuentra su lugar en el sistema preconscious. De este modo, las transcripciones entre los distintos sistemas no se resumen en las que llevan lo hablado a la *scripta plena*. Dice Freud:

El contenido del sueño se da en una escritura de imágenes cuyos signos deben ser transferidos uno por uno a la lengua de los pensamientos del sueño. Nos conduciría evidentemente a error leer estos signos según qué refieren sus imágenes, en lugar de leerlos según sus relaciones de signo. (citado por Pommier, 1993: 191)

Guarda correspondencia con ello la observación que hace Gérard Pommier a propósito de los comienzos históricos de la escritura: “la escritura naciente no reproduce el habla sino prolonga el dibujo” (p.291). Este mismo autor señala que esta independencia de la escritura respecto del habla se verifica, según le enseña su clínica, en que la escritura defectuosa no se deriva de una alocución incorrecta. Subraya también que la afirmación de que “la escritura no es una reproducción del habla” concuerda con la distinción entre habla y letra escrita que hacía Freud (Pommier, 1993: 287).

5. Nuevo hablar, nuevo escribir.

Consideremos la proposición de que la lógica procede a “la sustitución de las gramáticas de nuestras lenguas naturales por una gramática en la que las formas del discurso están (...) calcadas sobre las formas lógicas” (Blanché, 1957: 17). Notemos que esta proposición no es el resultado de una operación propiamente lógica, sino una descripción de cambios que la lógica provoca en las formas del discurso. Esto concierne también a que la escritura lógico matemática, llevando la razón más allá del alcance de las gramáticas de las lenguas, abre posibilidades nuevas más allá del dominio, finalmente político, que el habla implica en su esencia. Tal dominio representa un ideal que podemos reconocer incluso en el mismo psicoanálisis buscando realizarse en la función del matema. En las ciencias eso no ha ido mucho más allá de lo ajustable a los ideales de los discursos

dominantes. La atadura del desarrollo científico a los principios del positivismo es una prueba de que la matematización no ha permitido impedirlo.

Contemporáneo de Newton, Leibnitz comenzó a construir un más allá de la geometría euclidiana con su *analysis situ*, después llamado topología. En esta línea de trabajo, a diferencia de la del primero, cuyas aplicaciones eran de utilidad evidente, hubo que esperar, como observa Jean Michel Vappereau, hasta mediados del siglo XIX para que apareciera el primer estudio científico sobre nudos, de Johann Listing, quien fue también el primero en usar el término topología (Vappereau, 1997: 9). La historia muestra que no basta que una escritura no alfabética satisfaga el ideal de estar “bien hecha” en términos lógico-matemáticos para imponerse en el discurso. Es también el caso de Gödel, cuyo famoso teorema, si bien conmovió los cimientos del programa de matematización universal, no alteró significativamente el quehacer de los matemáticos, como hace notar Gregory Chaitin (Chaitin, 1997).

La topología nodal del sujeto producida por Lacan no es ya fonología, sin embargo, aún tiene un escaso desarrollo, ¿por qué? Se aduce que es demasiado distante de la índole verbal de la experiencia concreta de la cura. El argumento se confunde con la idea de que la escritura es transcripción del habla, sin advertir que el escribir bien, según hemos señalado, no procede del bien decir. De esta manera los analistas hacen que la lógica formal vuelva a ser gramática y, con ello, el *organon* de Aristóteles, instrumento regulador del pensamiento para la gestación de un decir que se quiere adecuado.

No hay forma de apreciar la función en el psicoanálisis de la topología del sujeto sin advertir que, siendo su escritura lógica y matemática, no es instrumento ni herramienta del hablar. La constatación de que la entronización en Occidente de una escritura que, no siendo ya alfabética fonológica, afectó la relación del sujeto con el lenguaje, ha dado lugar a que el psicoanálisis fuera visto confusamente como una nueva reivindicación logocéntrica. Ya se vio, con Derrida, el compromiso teológico del logocentrismo y, con Legendre, también el jurídico. Tras la distinción, hecha por Freud, entre el tratamiento de un caso, oral, y su elaboración científica, escrita, el derrotero que propone Lacan es lógico; se trata, según expresa, de “llevar cada vez más lejos el primado de la lógica que está en lo verdadero de la experiencia” (Lacan, 1968: 39). En esta proposición cabe no pasar por alto la referencia a “lo verdadero de la experiencia”, que remite a la cuestión de la verdad, no reducible a la formal de la lógica proposicional. Ese paso lleva la lógica y la matemática más allá de lo que en ella se mantiene detenido en el cientificismo

tecnológico, económico y, finalmente, logocéntrico teológico, que domina la civilización occidental.

Al referirse en el discurso de Roma a la interpretación analítica, Lacan señala que ella va más allá del habla, sin que eso implicara que fuera más allá del lenguaje (1953). Más adelante observará que “de lo escrito hemos visto muchas mutaciones desde que el lenguaje existe. Lo que se escribe es la letra, y la letra no siempre se fabricó de la misma manera” (Lacan, 1973: 60). Mucho antes había encontrado que la distinción entre “letra” y “significante” es fundamental para situar correctamente la experiencia analítica (Lacan, 1957b). En los matemáticos de Lacan las letras ya no son fonográficas, convertidas en símbolos algebraicos dejan de supeditarse a la función de transcribir un enunciado hablado. “Una escritura”, precisa, “es un hacer que da soporte al pensamiento”, por eso destaca que “el nudo borromeo cambia completamente el sentido de la escritura” (Lacan, 1976: 161). “La escritura en cuestión”, añade, “viene de otra parte que del significante” (p. 162). Va con ello que no sea necesario pensar lo escrito como algo para ser comprendido (Lacan, 1973: 46).

La lectura que Lacan hace de la relación entre lenguaje hablado y lenguaje escrito, topológica, es otra que la atribuida por el historiador Calvet a la que hacen los lingüistas, que procuran “a cualquier precio encontrar alfabetos allí donde no existen”, cautivos del concepto de que escribir es transcribir lo hablado (Calvet, 1996: 20). “La lingüística”, dice Lacan en *Radiofonía*, “permanece adherida al pensamiento de que él (el pensamiento) se comunica con la palabra” (Lacan, 1970c: 12). La idea de que la escritura no es un mero accesorio de la lengua también está presente cuando Lacan aísla el concepto de discurso, definiéndolo, en francés, como “une structure nécessaire qui dépasse de beaucoup la parole” (Lacan, 1970b: 11), expresión que, bien traducida, dice: “una estructura necesaria que excede con mucho al hablar”.

Tener en cuenta las dos formas del lenguaje es indispensable para distinguir entre *real* y *verdad*, y aprehender, consecuentemente, el hacer del psicoanálisis con el síntoma. El síntoma, en tanto real, no puede ser leído sino como un efecto de escritura, no de habla, pero es el efecto del hablar, llamado *verdad*, el que especifica el hacer del psicoanálisis con el síntoma. “El inconsciente es lenguaje”, escribe Lacan, y enuncia su “Yo, la verdad, hablo” (Lacan, 1965: 823), indicando que “la verdad se funda por el hecho de que habla”, y también que “Freud (...) supo dejar, bajo el nombre de inconsciente, a la verdad hablar” (p. 824). El concepto se condensa en estas palabras de *Liturerre*: “el sujeto está dividido (...) por el

lenguaje, (...) uno de estos registros puede satisfacerse por la referencia a la escritura, y el otro por el ejercicio de la palabra” (Lacan, 1971).

“El escrito”, leemos en el seminario *Le sinthome*, “puede tocar lo real pero no lo verdadero” (Lacan, 1976: 96). La verdad habla, no escribe. No es ajeno a ello que el psicoanálisis, si bien es impensable antes del nacimiento de la ciencia moderna (Lacan, 1965: 814), no es una ciencia, no es lingüística ni lógica ni matemática. No lo es en tanto éstas no son discursos, no hacen lazos sociales, aunque sólo puedan sostenerse de discursos y lazos sociales. La necesidad de no desatender este soporte está presente en la observación, mencionada más arriba, de que necesitamos compenetrarnos de una *matemática dialéctica*. Evidentemente, ésta sería una en cuya cuenta entraría el habla.

No obstante, tratándose de escrituras, por mejor hechas que éstas estén, no pueden dar cuenta del deseo inconsciente que realizan. El psicoanálisis aloja en el pensamiento de la época este descubrimiento cuando advierte que la cuestión del deseo es la de la verdad en tanto atañe al habla. Cuando Lacan observa que en el habla del paciente lo primero que el analista experimenta es *un vacío* (Lacan, 1953: 241), es de un vacío de habla del que se trata, no de escritura, donde la verdad no podría contar salvo reducida a la verdad formal de la lógica proposicional. La *verba* se experimenta *vacua*, precisamente, cuando el hablar del sujeto está vaciado de su deseo.

La observación de Lacan, en el seminario *Encore*, de que “el truco analítico no será matemático” (Lacan, 1973: 141), es congruente con su afirmación, en ese mismo texto, de que el ideal de la matemática es tener como único soporte la escritura (p.58). El psicoanálisis, en cambio, “este nuevo discurso”, según señala, “parte de la función del significante” (p.57). No dice que el psicoanálisis parte de la función de la letra, sino del significante, y precisa: “En el discurso analítico, se trata siempre de lo siguiente: a lo que se enuncia como significante se le da una lectura diferente de lo que significa” (p.49). Detengámonos una vez más en la índole de esta lectura.

Lacan destaca lo siguiente: “En el discurso analítico ustedes suponen que el sujeto del inconsciente sabe leer. Y no es otra cosa, todo ese asunto del inconsciente. No sólo suponen que sabe leer, suponen también que puede aprender a leer” (Lacan, 1973: 49). Pero de esta posibilidad de aprender a leer no se deriva que el analista será el enseñante o el maestro, agrega Lacan: “sucede que lo que le enseñan a leer no tiene entonces absolutamente nada que ver, y en ningún caso, con lo que ustedes de ello pueden escribir” (idem.).

Finalmente, el descubrimiento del inconsciente, como corte que produce el psicoanálisis en la civilización occidental, se presenta en la relación del sujeto con el habla y la escritura. No se trata ya, como en los comienzos del pensamiento occidental, de llevar el habla a la escritura para extender su alcance, sino de leer la función del sujeto en la escritura por medio del ejercicio del habla. El psicoanálisis, leyendo un inconsciente que no es gramatical, sostiene la práctica de la llamada *regla fundamental*, que consiste, puede decirse, en hablar sin las coerciones de la escritura que la civilización impone. Por esta razón, a la fórmula *la relación sexual es imposible de escribir* se puede agregar: *en el sistema fonográfico cuya finalidad es la transcripción del habla*, es decir: *el poder*.

El método de interpretación de los sueños inventado por Freud es, efectivamente, una nueva práctica del lenguaje; consiste en *leer* el relato hablado del sueño tomándolo como un escrito, uno que rebasa en mucho lo cernido por la lingüística y también por la lógica a ella atada. Pero a este escrito a descifrar que es el sueño, no hay otro acceso que el relato hablado del soñante, con la particularidad de que eso requiere la función de un oyente. Si el psicoanálisis no es una ciencia sino un discurso, lo es precisamente porque la lectura que implica su método construye un lazo social. No puede haber análisis sin transferencia, justamente: el callar de la transferencia es uno que afecta el acto de decir al hablar a un oyente presente. Diferentemente, el callar que requiere la escritura de la ciencia, que se hace necesariamente a solas, es un callar que sortea la transferencia.

La profunda transformación de la relación del sujeto con el habla en la civilización de la ciencia moderna llega hasta el desconocimiento, por parte de aquél, de su función en el lenguaje y a la salida del discurso en la psicosis social. "La psicosis", dice Vappereau, "es que todo esté escrito"⁶. El concepto coincide con que "la ciencia es una ideología de la supresión del sujeto", según señala Lacan en Radiofonía (1970: 62). De la ciencia queda excluido el considerar la función de la verdad como causa material, sostén del habla, propiamente: el objeto *a*, causa del deseo como deseo del Otro, garantía *sine qua non* de la alteridad sin la cual no hay lazo social. En la práctica del lenguaje, no es la escritura regulada por las ciencias la que hace lazo social, sino el habla dirigida a un Otro incorporado y presente.

Se percibe la importancia de distinguir entre el decir hablado y el decir escrito para la lectura de las varias presentaciones del desconocimiento de la locura que es, no dejemos de subrayarlo, el asunto insoslayable en la ponderación de si

⁶ Exposición de Jean Michel Vappereau en Buenos Aires el sábado 6 / 07 / 2007.

un análisis comienza o no. Concluiremos esta comunicación con la reflexión que sigue.

Que el sujeto del psicoanálisis sea el sujeto de la ciencia concierne a que ésta fue producida en una civilización en cuyo comienzo se inicia una transformación en la relación entre la escritura y el habla. El sujeto de la ciencia, entonces, es el del lenguaje. La referida transformación, integrada a la más íntima estructura de este último, atravesó las distintas fases de la historia de Occidente hasta el vaciamiento del habla bajo las coerciones de la escritura. Éstas asumieron en la ciencia moderna una forma aparentemente acéfala, que el positivismo lógico y la lingüística a él conexas se ocuparon de sellar. Una de las consecuencias es la pérdida del lazo social, acompañado del abandono por parte del sujeto de la política, que prima en la democracia contemporánea. En ésta el cálculo de la letra que efectúa el *marketing* reemplaza al ejercicio del poder del habla, que había sido constitutivo de la esencia del decir del sujeto en la polis griega. Debe considerarse también que del discurso del psicoanálisis no se deriva la proposición de un nuevo agrupamiento político como salida, puesto que el problema, como el de la subjetividad científica delirante, no es de tal o cual sino de cualquiera en tanto habitante de nuestra civilización. Del mismo modo, los problemas actuales del psicoanálisis no pueden ser zanjados con instituciones psicoanalíticas creadas con las mismas letras del derecho positivo, atado a la razón pensada desde Kant, no desde Freud.

El aislamiento por Lacan de las funciones, por una parte, del objeto del psicoanálisis (el objeto *a*) y, por otra, del discurso sin el habla, funda una práctica de lenguaje que no necesita clausurarse en una escritura alfabética cuya vigencia, como se ha mostrado, está atada al ordenamiento discursivo propio de la civilización occidental. Por eso, si el psicoanálisis constituye una salida de la subjetividad dominante en nuestra época, es en la medida en que construye un nuevo lazo social que se distingue del que hace masa, asumiendo el sujeto la dimensión ética de su enunciación como bien decir.

Bibliografía:

- Blanché, R. (1957) *Introducción a la lógica contemporánea*. Buenos Aires, Ed. Carlos Lohlé, 1963.

- Calvet, Louis-Jean (1996). *Historia de la escritura. De Mesopotamia hasta nuestros días*. Barcelona, Ed. Paidós, 2007.
- Calvet, Louis-Jean (1974). *Linguistique et Colonialisme, petit traité de glottophagie*. Paris, Payot, 1974.
- Chaitin, G. (1997). *The limits of mathematics*. Singapore, Springer, 1998.
- Derrida, J. (1967). *De la gramatología*. México, Ed. Siglo XXI, 2008.
- Descartes (1637). *Discurso del método. Reglas para la dirección de la mente*. Barcelona, Ed. Orbis, 1984.
- Freud, Sigmund. *Obras Completas*. Buenos Aires, Editorial Amorrortu.
 - o (1900). “La interpretación de los sueños”, 1996, vols. IV-V, pp. 1-611.
 - o (1912). “Consejos al médico sobre el tratamiento psicoanalítico”, 1998, vol. XII., pp.107-119.
- Gelb, Ignace J. (1952). *Historia de la escritura*. Madrid, Alianza Editorial, 1993.
- Havelock, Eric A. (1986). *La musa aprende a escribir*. Barcelona, Paidós, 1996.
- Havelock, Eric A. (1963). *Prefacio a Platón*. Madrid, Ed. Visor, 1994.
- Hawking, Stephen W. (2007) *La teoría del todo*. Buenos Aires, Ed. Debate, 2008.
- Kojève, A.: “El origen cristiano de la ciencia moderna”. Traducción de R. Pincirolí, P. Dawidowicz y F. Contreras. Ed. s.d.
- Lacan, J. (1953a). “Fonction et champ de la parole et du langage”. En *Écrits*. Paris, Éditions du Seuil, 1966.
- Lacan, J. (1953b). “Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis”. En *Escritos 1*. Buenos Aires, Siglo XXI Editores, 2008.
- Lacan, J. (1956a). “La cosa freudiana, o sentido del retorno a Freud en psicoanálisis”. En *Escritos 1*. Buenos Aires, Siglo XXI Editores, 2008.
- Lacan, J. (1956b). “Situación del psicoanálisis y formación del psicoanalista en 1956”. En *Escritos 1*. Buenos Aires, Siglo XXI Editores, 2008.
- Lacan, J. (1957a). “El psicoanálisis y su enseñanza”. En *Escritos 1*. Buenos Aires, Siglo XXI Editores, 2008.
- Lacan, J. (1957b) “La instancia de la letra en el inconsciente o la razón desde Freud”. En *Escritos 1*. Buenos Aires, Siglo XXI Editores, 2008.
- Lacan, J. (1957c). “De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis”. En *Escritos 2*. Buenos Aires, Siglo XXI Editores, 2008.

- Lacan, J. (1958a) "La dirección de la cura y los principios de su poder". En *Escritos 2*. Buenos Aires, Siglo XXI Editores, 2008.
- Lacan, J. (1958b). "La psychanalyse vraie, et la fausse". En *Autres écrits*. Paris, Éditions du Seuil, 2001.
- Lacan, J. (1958c). "El psicoanálisis verdadero y el falso". En *Revista Freudiana*, Nº 4-5. Barcelona, 1992.
- Lacan, J. (1960). *El Seminario de Jacques Lacan, Libro 7, La ética del Psicoanálisis*. Buenos Aires, Ediciones Paidós, 1988.
- Lacan, J. (1965). "La ciencia y la verdad". En *Escritos 2*. Buenos Aires, Siglo XXI Editores, 2008.
- Lacan (1968). *Reseñas de enseñanza*, Buenos Aires, Editorial Hacia El Tercer Encuentro Del Campo Freudiano, 1984.
- Lacan, J. (1970a). *Le Séminaire de Jacques Lacan, Livre XVII, L'envers de la psychanalyse*. Paris, Éditions Du Seuil, 1991.
- Lacan, J. (1970b). *El Seminario de Jacques Lacan, Libro 17, El reverso del psicoanálisis*. Buenos Aires, Ediciones Paidós, 1992.
- Lacan, J. (1970c). "Radiofonía". En *Psicoanálisis. Radiofonía & Televisión*. Barcelona, Editorial Anagrama, 1977.
- Lacan, J. (1971). "Lituraterre". En *Seminario 18, De un discurso que no sería (del) semblante*. Clase 7 del 12 de Mayo de 1971. Versión Crítica de Ricardo E. Rodríguez Ponte para circulación interna de la Escuela Freudiana de Buenos Aires.
- Lacan, (1972). "L'Étourdit". En *Autres Écrits*. Paris, Éditions du Seuil, 2001.
- Lacan, J. (1973). *El Seminario de Jacques Lacan, Libro 20, Aun*. Barcelona, Ediciones Paidós, 1981.
- Lacan, J. (1976). Seminario 23 "El síntoma" (Versión crítica). Ed. CEP, s.d.
- Lacan, J. (1977). "Apertura de la sección clínica", en *Cuadernos de Psicoanálisis*, Año X, Nº1, Ediciones Altazor, 1980.
- Legendre, P. (2006). *El tajo. Discurso a jóvenes estudiantes sobre la ciencia y la ignorancia*. Buenos Aires, Amorrortu Editores, 2008.
- Lévi-Strauss, Claude (1952). *Raza y cultura*. Buenos Aires, Ediciones Altaya S.A., 1999.
- Pommier, G. (1993). *Nacimiento y renacimiento de la escritura*. Buenos Aires, Ediciones Nueva Visión, 1996.
- Quine, Willard V. (1950). *Los métodos de la lógica*. Barcelona, Ed. Planeta-De Agostini, 1986.

- Robert, Marthe (1964). *La revolución psicoanalítica. La vida y a obra de Freud*. México, Fondo de Cultura Económica, 1966.
- Sollers, Philippe (1970). "Introducción: Un paso sobre la luna". En Derrida, J. (1967). *De la gramatología*. México, Ed. Siglo XXI, 2008.
- Vappereau, Jean Michel (1997). *Nudo. La teoría del nudo esbozada por J. Lacan*. Buenos Aires, Ediciones Kliné, 2006.
- Vernant, Jean-Pierre (1962). *Los orígenes del pensamiento griego*. Buenos Aires, Eudeba, 1965.